

Primitivismo y expresión en Andrés F. Alcántara

JOSE MARIN-MEDINA

En el momento actual de errancia y de eclecticismo por el que atraviesa la actividad plástica, mientras que post y neomodernos insisten en mantener una atmósfera y cierta noción de vanguardia, hay otro grupo de pintores y de escultores que expresan una reacción muy diferente: la de volver al universo primitivista intemporal para recuperar la espiritualidad del objeto artístico.

Dentro de esta recurrencia —la que también, naturalmente, tiene los precedentes aislados de André Derain, de Epstein o de Brancusi, y la del grupo alemán que preside Kirchner— se inscriben los trabajos de Andrés Fernández Alcántara (Torredelcampo —Jaén—, 1960), iniciado en talleres de ebanistería y de labra de la piedra, alumno libre luego de la Escuela de San Fernando, y consagrado desde hace seis años en alma y cuerpo a la escultura.

Cuando una escultura quiere y decide negarse a los fines de representación y ornato, para constituirse, como lo fue en su origen, en un objeto mágico que expresa una visión casi precultural del hombre, de la naturaleza y de las relaciones que los atan, tiene que aceptar un proceso de simplificación formal y de síntesis, de economía de elementos narrativos y alusivos, con lo que llegar a ese grado de abstracción que posibilita la definición de lo esencial y la expresión de una necesidad sentida. Estos son los criterios y las propuestas de Andrés F. Alcántara, quien entiende la escultura como «una relación personal directa (del tacto, de los sentidos y del afecto)» con la realidad, a través de la piedra en que se concreta su creación. Por eso hay tanto de autobiográfico y de su cultura popular en estas cabezas y figuras, guerreros y reyes, caballos y pájaros que él talla.

Andrés se afirma, pues, como escultor independiente, cuyas figuras reflejan un lirismo torturado, una renuncia a la historia, una ejecución violenta y un estilo emocional. Este lirismo y esta emoción acusan un carácter romántico, esa compasión mística por el hombre y por el universo que nuestro artista confiesa. Su renuncia a la memoria de la tradición lo ha conducido a los parajes enérgicos de la escultura del antiguo Egipto, de los incas y de los aztecas, en cuyas obras la función ritual impuso el recurso a las líneas simbólicas y al hieratismo, a esa vocación de formas rotundas y de alguna manera inmutables. La talla directa de la piedra, sea ésta la piedra fosilizada, el pedernal o el bloque cúbico de cantera, da a estas piezas esta cierta brutalidad y dramática violencia en que nos traduce sus emociones.

Al poderío cálido que la piedra da a las esculturas de F. Alcántara, se añade últimamente la novedad de su estructuración. Construir la escultura de formas orgánicas y ponerla de pie recurriendo a una estructura arquitectónica, acrecien-



F. ALCANTARA

ta el sentido de su monumentalidad, al tiempo que exige un papel más relevante al espacio que se incluye, penetra y modifica la pieza. A partir de su «Tumba del pájaro», las piezas de Andrés se están interesando por el espacio-entorno de la escultura, sea éste el arquitectónico, el ambiental o el paisajístico. Ello supone que el joven escultor no puede renunciar a la sensibilidad más actual, al tiempo que le corresponde definir y proyectar desde su obra hacia el mañana, ese tiempo que la escultura parece estar llamada a protagonizar. ■

F. ALCANTARA

